

En 2005, el PNUMA nombró Campeón de la Tierra a su Santidad Bartolomeo I de Constantinopla, Arzobispo de Constantinopla y Patriarca Ecuménico. Este premio se entrega todos los años a siete líderes ambientalistas destacados que hayan efectuado un aporte significativo a la protección y ordenación sostenible del medio ambiente del planeta.

En cada número de Nuestro Planeta se presentan las opiniones de uno de los Campeones del PNUMA. Para más información sobre el premio del PNUMA a los Campeones de la Tierra, véase <http://www.unep.org/champions/>.



# en el misr

por Su Santidad el Patriarc



# En el mismo barco

## Simposio Ecuménico Bartolomeo

Durante más de un decenio, el Patriarcado Ecuménico, una de las instituciones religiosas más antiguas del mundo, ha venido obrando en aras de señalar a la atención general la profunda crisis existencial que el mundo moderno encara como resultado de actividades humanas irresponsables. Si bien el mundo tiene ante sí muchos desafíos ambientales graves, en nuestras actividades hemos asignado una atención sumamente prioritaria al estado de las aguas de la Tierra: los océanos, los lagos, los ríos y la totalidad de la biosfera en la que el agua desempeña una función fundamental.

En siete simposios flotantes, a los que han asistido distinguidos científicos, ambientalistas y líderes religiosos, hemos señalado a la atención del mundo los problemas concretos a los que determinadas extensiones de agua ecológicamente sensibles hacen frente: el Mar Egeo, el Mar Negro, el río Danubio, el Mar Adriático, el Mar Báltico, el río Amazonas y el Océano Ártico. Todos esos simposios tuvieron lugar a bordo de embarcaciones, navegando por esos bellos pero frágiles lugares, destacándose de esa manera una sencilla verdad: independientemente de nuestra raza, religión o clase económica, “todos estamos en el mismo barco”, en el sentido de que nadie escapa a las consecuencias de una catástrofe ambiental general, y nadie puede evadir la responsabilidad moral de evitarla. La humanidad o bien sigue navegando, o bien se hundirá como resultado de su propio uso irresponsable de las providenciales dádivas de Dios.

A veces algunos nos preguntan por qué en sus actividades y pronunciamientos de índole ecológica el Patriarcado ha asignado una atención tan vehemente al agua. Quizá la respuesta primera y más sencilla es que la noción de la importancia primordial del agua como constituyente de la vida está profundamente enraizada en nuestra tradición espiritual y litúrgica. Ello es válido en todas las creencias abrahámicas, que tienen sus raíces en una región del mundo en la que el agua escasea, y en la que es natural describir el ansia del alma humana por Dios como una “sed” de lo que más necesita. Todas las tardes, los cristianos ortodoxos inician su culto recitando el glorioso salmo de la creación (Salmo 104 según la numeración occidental) que, al igual que en el relato de la Creación en el libro del Génesis, parece expresar la profunda percepción de que la vida marina precedió e hizo posible la vida que posteriormente surgió en tierra seca: ¡Cuán múltiples tus obras, oh Señor! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas. He allí el grande y anchuroso mar, en donde bullen criaturas sin número, tanto pequeñas como grandes...”

El relato del encuentro de Nuestro Señor Jesucristo en el Pozo de Jacobo con una mujer samaritana también es muy apreciado por los corazones cristianos ortodoxos. Rompiendo el molde de la división entre samaritanos y judíos, Cristo pide a la mujer que le dé agua de esta antigua fuente -y entonces procede a ofrecerle el “agua vital” de la perfecta comunión con Dios, el tipo de agua que sacia eternamente toda sed. Mediante relatos como éste, llegamos a percatarnos de una verdad profunda: desde el punto de vista cristiano, la intensa necesidad de agua que todos los seres humanos experimentan no es más que un puntero

que señala una necesidad aún más profunda: vivir según la intención de nuestro Creador. La naturaleza de la vida en comunión con Dios es un misterio que hombres y mujeres santos han ponderado y ejemplificado durante muchas generaciones. Algo que sabemos ciertamente es que no fue la intención de Dios que tratáramos los recursos de la Tierra, o sus aguas, como algo para ser utilizado exclusivamente con fines económicos a corto plazo, sin tener en cuenta otras formas de vida en la Tierra o las generaciones futuras. Durante el simposio efectuado el año pasado en la región del Amazonas, y durante nuestra visita a Groenlandia este año, tuvimos la atemperadora experiencia de encontrar culturas indígenas en las que la necesidad de tomar en consideración a las generaciones futuras -y respetar la integridad de los sistemas ecológicos- se comprende mucho mejor que en países prósperos supuestamente herederos de la “civilización cristiana”.

Las culturas tradicionales, al igual que los redactores de nuestras Escrituras y textos litúrgicos, han comprendido intuitivamente la importancia primordial del agua, y el hecho de que su totalidad (desde los océanos hasta las nubes, los pequeños riachuelos y los oasis) integran un sistema único. En uno de los himnos más hermosos de la Iglesia Ortodoxa, una mujer devota de Cristo proclamó las palabras: “Recibe el manantial de mis lágrimas, Tú que sacas agua de las nubes...” Difícilmente exista una expresión más bella de la verdad de que cada molécula de agua en la Tierra, desde el torrente más poderoso hasta una minúscula lágrima, conforma un maravilloso sistema integral.

En tiempos modernos, los científicos han proporcionado un contenido más preciso a esta percepción intuitiva. Por ejemplo, nos han dicho que aproximadamente el 70% del cuerpo humano es agua -- y que casi exactamente el mismo porcentaje de la superficie de la Tierra está cubierta de la misma. Han explicado la manera en que el vapor de agua en la atmósfera es uno de los factores que mantienen relativamente estable la temperatura de la Tierra. Han explicado cada vez en mayor detalle la manera en que, mediante la evaporación y la precipitación, el agua circula perpetuamente alrededor de una biosfera formada por el mar, la tierra y el aire.

Tanto la sabiduría antigua de nuestras Escrituras como las percepciones modernas de la ciencia apuntan a una sola verdad: siempre que hay desorden en las aguas de la Tierra --a causa de la elevación de los niveles del mar, la escasez de agua dulce, o acontecimientos extremos como los huracanes y las inundaciones-- ello constituye una señal profundamente perturbadora para la vida en la Tierra en general. Preocupan cada vez más al Patriarcado Ecuménico esas señales, así como los desórdenes espirituales que ponen de manifiesto. Pero el Patriarcado no perderá la fe en el pacto de Dios con la humanidad, expresado en el relato del justo Noé, quien sobrevivió una terrible inundación. El hombre puede hacer cuanto pueda para destruir los efectos del pacto de Dios mediante su irresponsable y egoísta uso indebido de las aguas y otros recursos de la Tierra; pero el ofrecimiento hecho por Dios --de las “aguas vitales” de la vida humana en perfecta armonía y sinergia con el Creador-- nunca será retirado. 